



BIBLIOTECA
DE LOS
REVELISTAS

JULIA

6

ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA

ROMANCE

POR LUIS BENJAMIN GISNEROS.



PARIS,

LIBRERÍA DE ROSA Y BOURET.

—
1861

A MI MADRE.

A Vd., santa madre de familia, custodio desvelado del humilde hogar, ángel siempre inclinado sobre el corazón de sus hijos; á Vd., madre mia, pertenece este libro!

Aunque mi pensamiento haya encontrado acción en las pasiones del mundo, la santidad del fin social por que me ha sido inspirado lo hace digno de Vd.

Poseído de irrevelables emociones, trémula la mano, doblada la rodilla, la cabeza hácia el suelo, yo lo deposito tiernamente, como una ofrenda de mi adoración, sobre la falda santa en que dormí de niño.

Acójalo y bendígalo Vd., madre del alma, idolatrada madre mia, cuyo nombre humedezco con mi llanto al escribirlo sobre esta página.

Su tierno y amantísimo hijo,

Q. S. P. B.

LUIS.

Paris, 10 de setiembre de 1860.

PRÓLOGO.

He escrito este libro por tres motivos.

Por llenar un pensamiento moral.

Por contribuir á que mas tarde cualquiera otro, mejor dotado que yo por la Providencia, inicie en el país este género de literatura, y

Por manifestar que la vida actual de nuestra sociedad no carece absolutamente de poesía, como lo pretenden algunos espíritus.

El ridículo frívolo y la crítica hiriente se han apoderado muchas veces de nuestras costumbres; pero nadie ha estudiado hasta ahora su faz bella, elevada y poética. Hay sin embargo en nuestra existencia social, en nuestra vida íntima de familia y en nuestros hábitos populares, un horizonte infinito abierto á la poesía, á la contemplacion y al romanticismo.

El espíritu del romance francés moderno, noble y moral en el fondo, ha sido corrompido en su cuna. Trasplantarlo sin sus formas de escándalo y prostitucion á una sociedad como la nuestra, llena de indefinibles susceptibilidades y dotada de un instintivo criterio literario, es un trabajo mas difícil de lo que á primera vista parece.

Soy muy humilde para abrigar la pretension de haberlo logrado en este pobre ensayo,

y solo la casualidad pudiera hacer que fuese benévolamente acogido.

En cuanto al pensamiento moral que me ha guiado, — dejo su apreciacion á la conciencia de cada cual.

París, 1860.

(Manuscrito 5.)

JULIA

ó

ESCENAS DE LA VIDA EN LIMA.



I.

Una noche cenábamos varios amigos en mi cuarto. La casualidad nos había reunido, y una cena de amigos debida á la casualidad es doblemente alegre. Hablábamos bastante y reíamos mas. Nos hallábamos poseidos de cierto acceso de simpatía mútua que aumentaba nuestra franqueza; y nos expresábamos, como sucede siempre entre jóvenes, con alguna libertad en la

intencion, aunque no en la palabra. Los chistes, las frases equivocadas, las interpretaciones maliciosas, la crónica escandalosa del día, las anécdotas tradicionales de colegio, todo lo que forma el encanto de esas horas de expansion y de júbilo fué agotado en la mesa.

La cena habia sido devorada, y solo quedaban dos ó tres botellas desafiando los restos de esa sed de aturdimiento que produce la alegría. Aunque nadie se habia mareado, el vino habia ofuscado un poco las cabezas. Era yo tal vez el único que la conservaba en perfecto estado de serenidad.

Poco á poco cesaron las risas y al mucho ruido sucedió un momento de silencio profundo. Todos habiamos tomado á la vez una actitud de indolencia, y jugando cada cual distraidamente con su copa ó contemplando al amigo á quien tenia al frente, buscaba algo que decir para animar la conversacion agotada. Una conversacion que en tales momentos se extingue es como la llama de una

hoguera : basta una paja y una ráfaga de viento para que vuelva á la vida.

— He tenido hoy una noticia feliz — dijo C... interrumpiendo el silencio.

— Sepámosla, contestó V... Ya habíamos sospechado que celebrabas alguna por lo mucho que has bebido.

— Iba á decir, replicó C..., sonriendo, que Andrés L... está ya fuera de peligro y que solo hoy lo he sabido.

— ¡Andrés! exclamé yo con sorpresa — ¿Andrés L... está enfermo?

— Ha estado á la muerte, repuso C...

— Lo ignoraba absolutamente. ¿Qué enfermedad?...

— Yo mismo no la sé.

— Es Julia R... quien tiene la culpa de todo lo que sobrevenga á ese pobre muchacho, añadió M...

con un acento que marcaba el desprecio por la mujer de quien hablaba.

— ¡Qué! ¿Andrés sigue hasta ahora enamorado de Julia? dije yo mas sorprendido aún. Pues es un loco ó tiene por ella una pasion de novela.

— Julia lleva una vida de loreta limeña, y esa vida parece que hace mal á su antiguo amante.

— Segun he entendido, Andrés tuvo amores con Julia antes de que esta se casara, repliqué yo interesado ya en la conversacion. Se casó con otro y bastaria eso para que no volviera á acordarse de ella. Por lo demás, su amor propio debia estar satisfecho, puesto que su mismo marido se encargó de la venganza, abandonándola.

— Si hemos de creer lo que parece, las cosas han pasado de ese modo. La verdad es que nadie sabe á qué atenerse, porque Andrés tiene la maldita manía de esquivar sus contestaciones cuando se le habla de esos amores. He oido asegurar, á

pesar de todo, que Julia tiene un excelente corazón.

— Todas nuestras mujeres tienen un corazón excelente, dijo vivamente C..., y sus defectos nacen solo de la educación que se les da y de los vicios de la sociedad en que viven.

El diálogo recayó sobre otro objeto, las copas se multiplicaron y volvieron á resonar las carcajadas. Miramos nuestros relojes y eran las dos. Todos mis camaradas comenzaron á despedirse. Una aria de bajo, cantada en la calle por uno de los tres últimos que se retiraron, me anunció al fin que estaba solo y pensé en dormir tranquilamente.

Las palabras de M... sobre Andrés y Julia habían excitado mi curiosidad. Al pensar en ellas, sentí el deseo de conocer el misterio que había en la vida de esa mujer y en el renacimiento de un amor que Andrés creía completamente extinguido, cuando en nuestros momentos de confianza le

había hablado sobre él. Andrés, sin embargo, no me había contado su historia con esa mujer, que parecía haber echado hondas raíces en su corazón. Ligeras chanzas que él había contestado siempre sonriendo, eran toda la inteligencia que había existido entre nosotros respecto de Julia, á quien, lo diré de paso, solo conocia de nombre. Reflexioné que al dia siguiente podia ir á visitar á Andrés, me acosté preocupado y apagué mi luz pensando en él.

